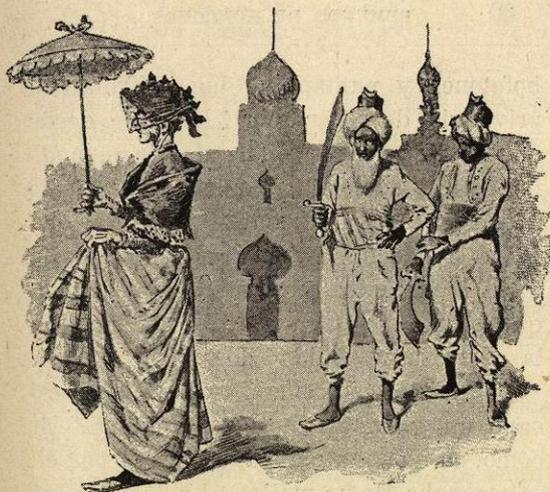


quinas *tornabolicheras*—según la arcaica y gráfica expresión de Renato Francisco, predicador del Rey.



V

Acababa la función con una escena cómica de dos ó tres personajes, desempeñada, ya por la *Aporreada*, ya por el payaso, ya por el Alcides, y compuesta y arreglada por el director, que se reservaba el papel principal y desplegaba más cantidad de imaginación de la que suele derrocharse en semejantes barracones. Invenciones burlescas, argumentos sin pies ni cabeza, entretenidos enredos donde se entreveraban los sonoros

bofetones y puntapiés, que disfrutaban el privilegio de hacer reír á la gente desde que Dios la crió; cosas narradas de un modo inteligente en lenguaje mímico por medio de muecas graciosamente sarcásticas; disfraces fenomenales, locuras vertiginosas, farsa humorística y estrafalaria en suma, que el director aún sabía amenizar con la destreza y agilidad de su cuerpo viejo.

En sus mocedades había sido Tomás Bescapé un gimnasta notable. Solía referir cómo, en una pantomima discurrida por él, se escapaba de un molino, donde le había sorprendido el marido de la molinera, andando sobre la extremidad de los garrotes que tenían enarbolados los jayanes apostados por el molinero para apalearse al cortejo de su mujer. Pero, con la edad, el italiano se veía en el caso de limitarse á pantomimas de gimnasia más modesta, contentándose con hacer alguna cabriola, y pegar, en medio de la zambra general, ya el *salto del medroso*, ya el del *borracho*.

Entre las *pantomimas brincadas* de su cosecha, prefería actualmente un corto entremés, apropiado á sus presentes facultades, y que además solía entusiasmar á la mu-

chedumbre de aldeanos y paletos. Llamábase la tal pantomima *El saco encantado*.

1.º Un biombo que remata figurando minaretes, representa los alrededores de la ciudad de Constantinopla, por donde se pasea el viejo Bescapé disfrazado de inglesa, con los anteojos azules de rigor, el velo color de hoja seca, un atavío británico muy ridículo.

2.º La inglesa se da de manos á boca con dos eunucos negros.

3.º Pantomima inmoral de los dos eunucos, que camelan á la inglesa, enumerándole todas las ventajas y goces que encontrará en el serrallo del Gran Turco.

4.º Pantomima púdica é indignada de la inglesa, declarando que es una *miss* muy honrada, resuelta á morir antes que renunciar á su virginidad.

5.º Tentativa de captura de la inglesa. Resistencia heroica por su parte; finalmente, uno de los eunucos toma un saco, y con ayuda del otro eunuco la encaja dentro, y anuda el cordón de la jareta del saco.

6.º Los dos negrazos cargan con la infeliz, que pernea y se defiende como un diablillo.

Y aquí entraba el golpe de efecto. A punto que los raptos van á largarse con su presa, ábrese de repente el fondo del saco, y la inglesa aparece... en camisa, corriendo á todo correr, con grotesco azoramiento y ademanes de vergüenza de lo más risible, siempre perseguida por los dos eunucos negros, tropezando, cayendo patas arriba, entre las carcajadas de los espectadores, y volviendo de nuevo á corretear, más aturdida, más trastornada, más irrisoriamente púdica, con su blanco y sucinto arreo nocturno: lo cual duraba hasta que, pegando un brinco horizontal, desaparecía á través de una claraboya abierta en el biombo.



## VI

Desde pitusín, desde los tres ó cuatro años, Nelo fijaba en los ejercicios de la compañía la curiosidad de sus despiertos ojos y la inquieta alegría de su cuerpo.

Veíasele durante la representación, primero medio oculto entre la falda de la *Aporreada*, que agarraba de firme, asomando un instante la cabeza, presa aún en la gorra blanca de tres pedazos que usan las criaturas pequeñas, de la cual se escapaban vejijas de pelo rubio; después, asustado por el rebullicio de la muchedumbre, sepul-

tar otra vez cabeza y gorra en la tarlatana salpicada de lentejuela; luego volver á mostrar un trozo mayor de su personilla, más tiempo y no tan receloso. Bien pronto, con gentil y tímida audacia, con resolución precedida de hechicera incertidumbre, Nelo se atrevía á cruzar el tablado, puesto un dedo en la boca, á pasos que simultáneamente adelantaban y retrocedían, y con la mirada vuelta atrás, buscando sin cesar un asilo, un refugio. Al fin, lanzándose brusca y repentinamente, cogíase á la valla del balcón, se arrimaba y acurrucaba contra un travesaño, y allí, oculto el rostro por el escenario, lo mismo que el brazo y mano en que se sostenía, sus miradas viajaban á hurtadillas por el campo de la feria. En breve, los regocijados porrazos del bombo que, por decirlo así, le resonaba en la espalda, dosificaban su tímida y medrosa inmovilidad con cierta trepidación valerosa; estremecíanse sus bailarines pies, llenábase de sonoridades su hinchada boquita, y su cabeza, ya pendiente fuera del escenario, se inclinaba para mirar con intrépidos ojos el conjunto de caras vueltas hacia él. De improviso, entre el frenesí de la música, el

alboroto del final, el mugir de la trompa, el delirio de los gritos y llamadas al público, el chiquitín, excitado por el vértigo y el ruido, se apoderaba de cualquier sombrero de desecho que rodaba por allí, de un chal viejo y olvidado. Y entonces, con este conato de mascarada y disfraz, cual si formase parte de la compañía y tuviese ya obligación de entretener al público, el rapazuelo seguía el grotesco paseo del payaso de un extremo á otro del tablado, midiendo el paso por el suyo, marcando el compás con toda la fuerza de sus piernas inseguras, imitando los bufonescos ademanes, sumergido en el sombrero y dejando ver, bajo el abigarrado chal, el faldón de la camisa, que asomaba por la abertura de su pantaloncillo.





blo, al trote del viejo rocín blanco, la *Caravana* (1).

Es la *Caravana* una casa que, desde que amanece hasta que anochece, pasea por caminos y senderos la existencia de sus inquilinos; casa que á las once se detiene al pie de un manantial, ostentando la revuelta paja de sus cestos abiertos sobre la imperial y los calcetines puestos á secar sobre las ruedas; casa que de noche se desengancha é ilumina la negra sombra de los despoblados páramos con la claridad de su ventanillo; casa rodante donde nace, vive y muere el titiritero; donde entran la partera y el enterrador; movable hogar de tablas, del cual se prendan sus habitantes, con el amor del marino por su barco.

Por cuanto hay en el mundo no se mudarían las gentes de la *Caravana*; de tal manera comprendían que allí, y sólo allí, se disfruta el dulce zarandeo de las dormilonas siestas meridianas, la tentación y facili-

(1) La *Caravana* fué, en un principio, el carricoche donde el mercader de feria recorría la provincia, y hará unos cuarenta años que el nombre se hizo extensivo al vehículo de los saltimbanquis. Suelen éstos llamar también al coche el domicilio.

dad para subir las cuestas «que le llaman á uno» á ciertas horas del día, y la sorpresa de despertar la mañana siguiente en lugares entrevistados por vez primera á la luz crepuscular de la víspera. Pues qué, si pica el sol, ¿no le basta á cualquiera una carroza, la orilla de una pradera, la linde de un bosque? Y si llueve, ¿no tiene el zaguán, del otro lado del torno, una hornilla para los guisos, y no puede el cuarto de la *Aporreada* servir de comedor á toda la compañía? El vehículo, dentro de su tamaño y su altura de marino camarote, encerraba hasta dos y tres estancias. Primero, en pos de la reducida galería exterior, una habitación, en cuyo centro, sujeta al piso, había una mesa grande, y sobre ésta ponían de noche el colchón que servía de cama á la volatinera. Por la puerta del fondo se entraba en el segundo cuarto, morada del director, donde dormía toda la familia, excepto Juan, que con los demás varones de la compañía habitaba en la carreta verde. Y el marido hiciera de un cuarto dos, colocando biombo medio replegados de día, que de noche formaban cerrada alcoba al lecho conyugal. Este era de caoba y poseía tres colchones.

Con su maderamen que se pintaba todos los años, los visillos blancos de sus angostos ventanillos, las aleluyas de Epinal pegadas en los biombos, narrando por medio de la ingenua barbarie del dibujo rancias leyendas, y el grullo de Nelo en un rincón, el mezquino cuartuco del matrimonio alegraba la vista, á manera de limpia caja, llena de la dulce y aromática fragancia del colchón henchido por Estefanilla de tomillo cortado en flor.

Encima del mesocrático lecho de caoba, pendía de un clavo un trapo brillante: la saya que usaba la gitana en su mocedad, cuando bailaba en Crimea; un faldellín, que tenía cosido un adorno de retazos de paño grana, recortados en figura de sangrientos corazones.



## VIII

Estefanía Rudak había sido para su hijo mayor buena madre; pero no tierna, sino fría de entrañas; ni conmovida ni venturosa cuando lo tenía cerca de sí; madre, en suma, cuyos cuidados parecían cumplimiento de un deber, y nada más. Pagaba Juan la pena de haber sido concebido en los primeros meses de matrimonio, cuando señoreaba enteramente el pensa-

miento de la novia un mancebo de su raza; cuando en labios de la esposa del viejo Tomás Bescapé hervía esta canción popular de su tierra:

.....  
 ¡Viejo y bárbaro marido,  
 degüéllame! ¡abrásame!  
 ¡Te aborrezco!  
 .....  
 ¡Te desprecio!  
 ¡Amo á otro,  
 muero amándole!  
 .....

Sucedió, pues, que toda la violenta y salvaje maternidad contenida en las entrañas de la gitana, y que no lograra desahogo, se había concentrado en Nelo, venido al mundo doce años después que su hermano; en el último hijo, al cual Estefanía no besaba ni acariciaba, pero á quien estrechaba contra su pecho en frenético transporte, apretándole hasta sofocarle. Juan, que bajo un exterior frío encubría condición muy amorosa, sufría con tan desigual reparto de cariño, pero sin que el ver preferido á Nelo le infundiese celos contra su hermano me-

nor. Hallaba natural predilección semejante. Reconocía que él no era hermoso, ni de carácter jovial. Hablaba poco. Su mocedad no creaba en torno suyo atmósfera de alegría; nada tenía en sí capaz de lisonjear el orgullo materno. Hasta las manifestaciones de su ternura filial eran torpes é inoportunas. Su hermanillo, al contrario, poseía la belleza atractiva, la seducción del mimo cariñoso, y resultaba uno de esos seres que tienen gracia y ángel, que hacen brillar de envidia los ojos de todas las mamás, y á quienes los transeuntes besarían de buena gana. Diríase que la carita de Nelo irradiaba luz matutina. Siempre inventando monerías y travesuras, diciendo cosas chistosas, preguntando otras que provocaban á risa, derramando donaires y adorables chiquilladas, metiendo una bulla gentil, moviéndose con gracia diabólica, era, en resumen, de esas criaturas seductoras, que encarnan la alegría de la vida, y con el reir de sus rosados labios y el rayo de sus negros ojos, lograba á menudo que la errante compañía olvidase las malas entradas y las frugales cenas.

Mimado por todos, el niño no se encontra-

ba á gusto sino en compañía de la única persona que le regañaba á veces; y siendo de suyo tan locuaz y turbulento, veíasele muy formalcito horas enteras al lado del taciturno Juan, como si le cautivase su silencio.



## IX

La educación acrobática de Nelo comenzó á los cuatro y medio ó cinco años. Al principio se limitaron á enseñarle gimnásticos desarrollos, extensiones de brazos, replegadas de piernas; en suma, á agitar los músculos y nervios de sus miembros infantiles; iniciación que á la vez probaba y economizaba las fuerzas nacientes del mocoso. Pero simultáneamente, antes que soldase el esqueleto y los huesos perdiesen la flexibilidad de los más tiernos años, fueron sometidas las piernas de Nelo á desviaciones graduadas, y en algunos meses se lo-

gró que el niño verificase la gran abertura. Acostumbraban también al minúsculo acrobata á cogerse un pie con la mano, subirlo á la altura de la cabeza, y, más adelante, á sentarse y levantarse sin mudar de postura, á la pata coja. Por último, apoyando Juan la cariñosa diestra en el estómago del niño, ya puesto en pie, le habituaba poquito á poco á inclinar hacia atrás torso y cabeza, dispuesto á cogerlo en brazos si daba la vuelta de campana. Y cuando ya los lomos de Nelo estaban avezados al desplome, me lo ponían á dos pies de distancia de una pared, contra la cual tenía que apoyarse con ambas manos de plano, y la parte superior de su cuerpo bajar invertida, un poquito más bajo cada mañana, hasta que, completamente doblado en dos, el dorso de las manos fuese á juntarse con los talones. Y así, poco á poco, sucesivamente, sin prisa ni violencia, animándole por medio de confites, de halagüeñas palabras y adulaciones dirigidas á la vanidad del gimnasta recién destetado, llegaba á descoyuntarse el cuerpo del niño. Además, y siempre al pie de una pared, lo cual, para el principiante, equivalía al amparo que prestan los brazos

tendidos hacia el niño cuando se suelta á andar, hacíanle que caminase sobre las manos para fortalecer las muñecas y acostumar la columna vertebral á las investigaciones y á los alardes de vigor del equilibrio.

Hacia la edad de siete años, Nelo dominaba el *salto de la carpa*, salto en que un chico, tumbado de espaldas y sin servirse de las manos, se endereza, movido por el resorte de un impulso de la región lumbar.

Luego estudiaba los saltos que se verifican apoyando las palmas en el suelo: *salto adelante*, en que el niño, adelantando las manos, se yergue lentamente, volteando el cuerpo sobre los pies, que tocan con las palmas; *salto del mono*, en que la criatura echa las manos atrás, levantándose con el mismo movimiento en sentido contrario; *salto del árabe*, brinco de costado que se asemeja á la *rueda*.

Acompañaba á Nelo en tales ejercicios y pruebas el círculo protector formado siempre en torno de sus miembros por los brazos fraternales, el contacto de las palmas de Juan que le afirmaba y sostenía, dando á la incierta vacilación de su cuerpo el *aire* de

la ensayada habilidad. Y más adelante, cuando Nelo comenzaba á poseer alguna seguridad y firmeza, un cinturón, al cual se afianzaba una sogá, le enlazaba á Juan, que iba aflojando á medida que el trabajo del hermanillo se acercaba á salir bien del todo.

Ya se atrevía Nelo con el *salto mortal*, que principiaba á ejecutar lanzándose desde un punto elevado, cuya altura disminuían gradualmente hasta que lograrse realizarlo en una superficie plana.

Por lo demás, no era el hijo de la gitana de *contextura rígida*, antes heredaba de su padre y hermano aptitud singular para el salto acostumbrado, el salto con impulso ó á pies juntillas, alcanzando desde los siete ú ocho años una altura á que otros colegas suyos, más crecidos, no podían llegar. Y el viejo Bescapé, haciendo alarde de sus conocimientos enciclopédicos, adquiridos aquí y acullá, dijo un día á Estefanilla, viendo saltar á Nelo:

—¿Reparaste esto, mujer? (y le enseñaba los talones y la longitud del calcañar del niño). Pues con esto, el rapaz ha de saltar algún día lo mismo que un mono!



## X

Al despertar Nelo cierta mañana vió colocadas sobre una silla cosas... ¡cosas deseadas, sin esperanza de obtenerlas, con que soñaba, desde hacía meses, durante toda la engañadora noche! Frotóse los ojos un momento, no creyéndose despabilado; luego,